I

Como el protagonista de una novela del oeste norteamericano que con tanta avidez leen jóvenes y viejos en nuestro tiempo. Como un auténtico personaje de Larry Clifford, de Louis Rock, de Fel Marty o de Philip Ketchum, Ran Runnels se presenta de repente en Panamá con su bien cimentada fama de terrible pistolero, al que nadie aventajaba en el manejo del "colt", ni en su pasmosa serenidad frente al peligro, ni en la extraordinaria firmeza de su pulso, ni en sus certeros disparos que siempre daban en el blanco.

Parco de palabras, de inmediato entra en acción e impone el orden con sus revólveres de elocuente eficacia y los maleantes fueron apareciendo, en fúnebres hileras, colgados de los árboles a lo largo de los caminos. Impuso la paz a tiros; y su palabra era ley que todos acataban, aún las autoridades locales y también los Cónsules debidamente acreditados.

En la ciudad y en el campo, a fuerza de audacia y de balas, restableció la normalidad e hizo de lo verdadero un mito y de su vida una leyenda. Y así cierra un capítulo de su agitada existencia.

II

Pero Ran Runnels era igualmente un caballero, un hábil diplomático con ideas originales y propósitos definidos y, además, un hombre de iniciativa y de trabajo, organizador y práctico. Y de esta manera, el exterminador de foragidos y dueño de una empresa de transportes decide cambiar radicalmente. Abandona el escenario de sus hazañas sangrientas y necesariamente crueles y surge en él una nueva, su verdadera personalidad.

III

Ran Runnels tenía delicadezas de poeta y era un hidalgo nacido en Jackson, Misisipi, y educado en Houston, Texas. Producto de ese ambiente, como buen sureño, era segregacionista y partidario de Walker, según se sospecha aunque no se le puede probar nada en concreto, sino una cautelosa simpatía que no causó daño alguno a Nicaragua ni antes ni después de la aventura filibustera.

Es evidente sí su interés por la ruta del Tránsito y los esfuerzos que en tal sentido realizó en favor de su patria; sus conversaciones con personeros del Gobierno y con el propio Presidente de la República, General Don Tomás Martínez; y sus actividades manifiestas contra el francés Don Félix Belly.

RUNNELS

IV

Ya casado con doña Manuela López, de ilustre familia colombiana, llega a nuestras playas y reside en San Juan del Sur, en La Virgen y en Rivas, donde funda su hogar definitivamente.

Fruto de su matrimonio es su hija única, Bedy, quien a su vez se casa con Don Eduardo Santos, rivense; y en esta ciudad nacen sus nietos Ran, Matilde y Elia María, mi madrina de pila, su última descendiente directa que ha quedado.

V

Por dos veces ejerció las funciones de Cónsul, mas pronto se aleja de esos ajetreos y abandona para siempre sus inquietudes políticas.

Es entonces cuando se convierte íntegramente en un sencillo hombre de negocios y en un ciudadano ejemplar y probo a quienes todos quieren y respetan, para dedicarse sólo al trabajo y al gozo de la dulce paz hogareña. Su mujer y su hija constituyen su mayor tesoro y su alegría.

VI

En los mediodías calmosos, a la hora de la siesta; o en los apacibles atardeceres, después de la jornada agotadora; o en las noches silentes, al calor de la lumbre familiar e íntima, Ran Runnels se mecía en su hamaca para soñar quizá en el futuro de los suyos, o rememorar tal vez su tumultuosa existencia de otros días o los más lejanos, transcurridos en Jackson o en Houston, y que ya no volverían nunca más.

Nadie sabe en verdad qué pensaba en esos momentos; pero ya por entonces era un hombre bueno y feliz, enteramen conquistado por las sanas costumbres nicaragüenses de aquella época, en que el trabajo era una bendición, porque se trabajaba para vivir y no se vivía para trabajar.

Nadie sabe en verdad lo que pensaba en esos instantes; pero ya por entonces estaba identificado con nuestro medio y unido a Rivas por lazos de afecto y de sangre, “ganando esta ciudad, al decir del General Isidro Urtecho, la adquisición de una familia recomendable en todo sentido”.

Este es el Ran Runnels que yo rememoro en el presente poema y cuyo nombre Gabriel y yo registramos, en un acto de estricta justicia, en los fastos hombres ilustres de nuestra Ciudad y del Departamento. No en balde sus restos mortales son hoy polvo, barro, tierra nicaragüense, en el más bello Camposanto de la República, bajo un sobrio mausuleo que en el mármol perpetúa mercedamente su memoria.

GILBERTO BARRIOS